

UNA RECIENTE APORTACIÓN A LA NUEVA FILOLOGÍA ORTEGUIANA: EN TORNO A LA LINGÜÍSTICA COGNITIVA

MARTÍNEZ DEL CASTILLO, Jesús: *La lingüística cognitiva. Análisis y revisión*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2008. 280 p.

JOSÉ RAMÓN CARRIAZO RUIZ

ORCID: 0000-0002-0347-1284

La lingüística cognitiva. Análisis y revisión, del profesor de la Universidad de Almería Jesús G. Martínez del Castillo, es un buen ejemplo de tratado lleno de reflexiones rentables y ventajosas para la Lingüística y la Filosofía del Lenguaje, sin olvidar las aportaciones que hace en campos como la Antropología o las certeras críticas a la psicología cognitiva. El autor retoma una reseña redactada por mí y publicada en esta misma revista –*Revista de Estudios Orteguianos*, 12/13 (2006), páginas 270-274–, mencionada en la bibliografía del volumen, y lleva a sus más extremas consecuencias las apreciaciones que en ella se hacían sobre el nacimiento, desarrollo y planteamientos de futuro de la lingüística cognitiva, por lo que la lectura de la monografía me ha permitido *recordar*, volver a traer a mi mente, las palabras que yo entonces publiqué a propósito de otra obra de este mismo autor: *La lingüística del decir: el logos semántico y el logos apofántico* (Granada: Granada Lingüística, 2004). Esta experiencia lectora me ha impulsado a escribir estas líneas sobre un libro que, aunque no es propiamente de filosofía, tiene un abundante contenido especulativo y parte decididamente de una visión marcada por la obra de José Ortega y Gasset, al que

cita profusamente. Precisamente por ello, esta revista me ha parecido el foro privilegiado desde el que recomendar la lectura del libro de Martínez del Castillo a todos los orteguianos interesados por las cuestiones del lenguaje.

El volumen parte de la caracterización interna y externa de la lingüística cognitiva, fijando su fecha de nacimiento en 1987, con la publicación de *Women, Fire and Dangerous Things* de George Lakoff, a quien Martínez del Castillo considera padre y máximo representante de la corriente, junto a Mark Johnson y Ronald W. Langacker. En el primer capítulo, se presenta la naturaleza filosófica de la crítica del profesor Martínez del Castillo a la lingüística cognitiva: “La filosofía en la que se fundamentan los cognitivistas, [...], va en dirección totalmente contraria a la filosofía” (p. 35). El segundo capítulo está consagrado a la fundamentación de la lingüística cognitiva en el marco de las ciencias cognitivas, tal como las expone George Miller en un artículo citado por mí en la reseña anteriormente aludida. Las bases psicológicas y, sobre todo antropológicas, de esta corriente lingüística no deben perderse de vista, pues afectan a los conceptos claves de la misma: la categorización y el uso lingüístico.

El antropólogo Benjamin Lee Whorf aparece a lo algo del volumen como antecedente y fundamentador de las ideas de Lakoff y Johnson sobre el lenguaje, base antropológica para la teoría del conocimiento cognitivista: “Whorf, con una formación en las ciencias experi-

Cómo citar este artículo:

Carriazo Ruiz, J. R. (2009). Una reciente aportación a la nueva filología orteguiana: en torno a la lingüística cognitiva. Reseña de “La lingüística cognitiva. Análisis y revisión” de Jesús Martínez del Castillo. *Revista de Estudios Orteguianos*, (19), 225-229.

<https://doi.org/10.63487/reo.538>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 19, 2009
noviembre-abril

mentales, se propuso, en realidad, hacer una teoría del conocimiento partiendo de las lenguas. Y tenemos que decir que lo consiguió en el planteamiento que hizo. Supo buscar en el hecho de la variedad lingüística la propia contradicción que esta manifiesta de unas lenguas a otras, resaltando por encima de ellas el conocimiento científico. No consiguió, sin embargo, dar una solución” (p. 56). Durante el último decenio de su vida –murió en 1941, a los cuarenta y cuatro años– Whorf se ocupó de examinar el problema de las relaciones entre lenguaje y pensamiento, en una serie de artículos escritos con gran pasión y elocuencia. Con el fin de librarse de cualquier prejuicio inspirado por el “patrón medio europeo” (*Standard Average European* = SAE, lenguas SAE), centró su estudio en lenguas de estructura, historia y fondo cultural completamente diferentes. Sus trabajos de antropología lingüística y cognitiva sobre los hopis le llevaron a formular el principio de la “relatividad lingüística”, que expresaba de la siguiente manera en un artículo publicado un año antes de su muerte: “El sistema lingüístico básico (en otras palabras, la gramática) de cada lengua no es meramente un instrumento reproductor para expresar las ideas, sino que él mismo es más bien el formador de las ideas, el programa y guía para la actividad mental del individuo, para su análisis de las impresiones, para la síntesis de su acervo mental. [...] Cortamos la naturaleza, la organizamos en conceptos, y atribuimos significaciones tal como lo hacemos, principalmente porque somos partes de un acuerdo para organizarlo de esta manera –un acuerdo que se man-

tiene vigente en toda nuestra comunidad de habla y está codificado en los modelos de nuestro lenguaje” (*Language, Thought and Reality. Selected Writings of Benjamin Lee Whorf*, John B. Carroll (ed.). Cambridge: The MIT Press, 1956, pp. 212 y ss.).

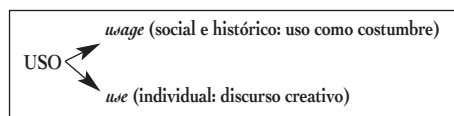
La formulación whorfiana del principio de la relatividad lingüística, que atribuye a cada lengua una ontología o “metafísica oculta” no parece, sin embargo, sostenible. Las concepciones del lenguaje como algo que determina el pensamiento –tanto si esa determinación se ve favorable al curso del pensamiento, como si se ve perturbadora del mismo curso– encierran prejuicios logicistas ajenos a la naturaleza del propio lenguaje. En la actualidad se trata generalmente de un logicismo al revés, que trata de encontrar en las lenguas naturales la causa de las incoherencias de pensamiento y, a veces, corregir el lenguaje –como quieren los adalides de lo políticamente correcto, sin preocuparse por cambiar el mundo real con tanto ahínco como de cambiar la lengua– para adecuarlo a lo que, en la opinión de cada teórico, debería ser la lógica –o la imagen “correcta” del mundo. “La infeliz frase de F. Mauthner de que «si Aristóteles hubiera hablado chino o dakota, su lógica y sus categorías habrían sido distintas» se repite a menudo, ora para sostener que Aristóteles dedujo su lógica del lenguaje, ora para afirmar que ligó el lenguaje a la lógica. Mas Aristóteles no hizo ni una cosa ni la otra, sino que estableció con toda claridad la prioridad del lenguaje con respecto al pensamiento lógico, indicando que el lenguaje como tal es simplemente logos semántico: expresión significativa, en la

que no hay verdad ni falsedad, pues estas se dan sólo en la afirmación y la negación, en el logos apofántico” (Eugenio Coseriu, *Teoría del lenguaje y lingüística general*. Madrid: Gredos, 1982, 3.ª ed. en español, pp. 238-239).

“El supuesto, afirmación o creencia de Lakoff, y con él de toda la lingüística cognitiva, ya que ésta sigue a Lakoff —el pensamiento corpóreo— constituye la base primera y realidad radical de la teoría” (pp. 82-83). La lingüística cognitiva, de base también psicológica, es una teoría del conocimiento lingüístico, y por eso sus principales aplicaciones son didácticas: la explicación de los procesos de aprendizaje/enseñanza a los futuros maestros de lenguaje y profesores de lengua española y literatura desde los supuestos cognitivos es grandemente esclarecedora, y sin duda mucho más útil pedagógicamente que el estructuralismo europeo o el funcionalismo americano. Ello no implica que sus bases filosóficas, realistas y positivistas, no puedan ser criticadas desde el idealismo cartesiano más radical (“La realidad del mundo es una cosa; la realidad de la mente es otra completamente distinta. Las cosas del mundo no existen más que porque nuestra mente las crea. Y las crea no de una vez y por todas. Las crea en cada momento por cada hablante en cada acto del hablar, decir y conocer”, p. 264). Cabe sólo comentar que los mismos defectos del pensamiento derivados de su corporeidad o realismo positivista que se encuentran en Lakoff le fueron criticados a Ortega, en los años cincuenta, por los tomistas que se enfrentaron a la obra filosófica orteguiana con déficit de caridad cristiana (puede verse la exposición

de estas críticas en el reciente libro de Antonio Martín Puerta: *Ortega y Unamuno en la España de Franco*. Madrid: Encuentro Ediciones, 2009).

Acertadamente centra su exposición el profesor Martínez del Castillo en la cuestión, a mi entender, más criticable de la lingüística cognitiva: la obliteración del aspecto socio-histórico de las lenguas. El lingüista, obligado a ceñirse a los datos empíricos, no puede penetrar en el lado creativo del lenguaje, reservado para la antropología de las lenguas y la psicología del aprendizaje lingüístico, y debe quedarse en el análisis del lenguaje como *ergon*, resultado, como lengua hecha; sin embargo, la lengua es *energeia*, es continuo hacerse. Los actos que extracta del uso, de la tradición, son actos lingüísticos en cuanto que nos revelan un código, es decir, unas formas de hablar, decir y conocer sujetas a unas normas y convenciones que les dieron lugar en un momento dado y con una intención significativa dada. A un acto lingüístico sacado del uso le falta siempre la determinación que dio lugar al mismo; sólo sirven para ilustrar el aspecto que el lingüista o quien los usa le da en ese momento de utilizarlos (p. 261, nota 102). El cognitivista parece no distinguir entre *usage* y *use*:



En *El hombre y la gente*, como recoge Martínez del Castillo, Ortega definía la lengua particular o histórica como una serie de usos sociales; las lenguas se hacen al hablar y cada hablante participa

en el hacerse de su lengua, o dicho de otro modo: cada hablante participa en la evolución de su lengua. Los hablantes nacen en el seno de una comunidad de habla, se encuentran con la lengua ya formada, dada, que es parte de la tradición de sus mayores, y de ellos la aprenden. La lengua responde a una doble convención: la que se da entre los hablantes de hoy día entre sí y la que se da entre los hablantes de hoy día y los que hablaron esa lengua antes que ellos. El sujeto participa, desde que empieza a usar la lengua, en la transformación y evolución de la misma. Las lenguas vivas se hacen y rehacen, están en continuo cambio.

La lengua, por tanto, tiene un componente individual creativo y otro social convencional. Nos recuerda Martínez del Castillo que el concepto intuitivo de las lenguas incluye el concepto de “comunidad”, de “unión de unas personas a otras”, con un ejemplo del *Old English* (p. 231, nota 93). En algún caso, incluso, se utiliza el mismo calificativo para referirse al hablante y al miembro de la comunidad lingüística, como en el de la lengua vasca, donde *euskaldun* sirve tanto para designar al perteneciente a la comunidad (vasco) como al hablante de la lengua (vascoparlante).

El resultado de toda esta fundamentación y desarrollo es un método de trabajo lingüístico, idóneo para la enseñanza, pero que puede producir resultados indeseados a la hora de aplicarse en algunas áreas más prácticas de la lingüística, como la filología o la lexicografía. Por ejemplo, si quisiéramos hacer un diccionario partiendo de los supuestos de la lingüística cognitiva en torno al

significado (teoría de los prototipos) no podríamos dar definiciones lingüísticas comprensibles para el conjunto de la comunidad, sino sólo para pequeños grupos o incluso individuos, pues el prototipo psicológico es individual y compartido sólo por reducidas agrupaciones humanas (familia, tribu, aldea), con lo cual no sería posible un diccionario de una lengua plurinacional como la española. Y todo ello se debe a que no se ha tenido en cuenta al ser humano como ser social y a sus agrupaciones mayores (comunidades lingüísticas) más que desde un punto de vista antropológico.

Una de las claves para comprender la argumentación de los lingüistas cognitivos es la metáfora, donde se aúna la creatividad lingüística y la generación de conocimiento. “Lakoff y Johnson (1980) dicen que la metáfora es una cosa que ellos han descubierto o encontrado. En 1939 (publicado en 1941 y 1956) Whorf hablaba ya de la presencia de la metáfora en todos los campos que cubre el lenguaje” (p. 184), y Ortega mucho antes como subraya el profesor Martínez del Castillo (pp. 189-190). Parece evidente que la metáfora, traslación o tropo por excelencia, es un instrumento codificador de significados (un elemento significativo) y no debe confundirse, por lo tanto, con otros formantes del acto comunicativo, como el medio o canal, el mensaje en sí o concepto, o los interlocutores, por ejemplo. Para interpretar una cosa, y una metáfora es una cosa, dice Ortega que es preciso conocer su etimología, el momento auroral en el que se produce el acto de su significación, acto del que el significado no es más que el precipitado resultante, socializado y va-

ciado de contenido vital. La metáfora es un instrumento de trabajo para el filósofo, quien construye con ella su pensamiento más o menos originalmente, como el poeta construye, con la misma herramienta, su poesía, o el científico su ciencia. *El martillo es la abstracción de cada uno de sus martillazos*: el significado conceptual, del mismo modo, es la abstracción de cada una de sus metáforas; el concepto es la razón, y la metáfora es la vida (puede verse un desarrollo de estas ideas en mi artículo "Ortega y las cataratas del Nilo", en *Revista de Occidente*, 312 (mayo, 2007), pp. 98-106).

Así, pues, el uso no tiene valor absoluto. Su valor consiste en dos cosas, como apunta Martínez del Castillo: "primero, en haber sido, en su origen, la solución a un acto del hablar, decir y conocer, y segundo, en ser hoy usos comunes, es decir, conocidos de todos los hablantes, como cualquier otra palabra, y en servir de modelos de futuras realizaciones. No obstante, son en sí mismos contingentes. De la misma manera que en su origen solucionaron un problema vital que implicaba hablar, decir y conocer, podrían muy bien no haberlo solucionado. No fueron, ni entonces ni ahora, una expresión única, sino una expresión posible hecha real. No hay en ellos nada que sea natural. Todo es contingente, es decir, limitado, es decir,

histórico" (p. 262). La crítica al cognitivismo de *La lingüística cognitiva. Análisis y revisión* se concentra en la conclusión (capítulo 8), donde el lector puede encontrar muy sugerentes propuestas para continuar con la reflexión lingüística y gramatical desde la epistemología raciovitalista orteguiana. En opinión de Martínez del Castillo, la de Lakoff es una teoría inviable "tanto como teoría de la «cognición», como del lenguaje, que como ciencia de la realidad. Ahora bien, trata de aspectos que muy bien pueden formar parte de una teoría del conocimiento y que, por otro lado, podrían constituir una ciencia de la realidad" (p. 271).

Pero no quiero aburrirles más. Espero que a estas alturas ya el lector esté interesado en penetrar en esta aguda crítica de la lingüística cognitiva, un nuevo capítulo de la razón etimológica de José Ortega y Gasset (la razón etimológica es la parte de la semántica orteguiana que estudia las metáforas tradicionales, uno de los fundamentos de la metodología raciovitalista orteguiana), que el maestro dejó esbozada programáticamente en *El hombre y la gente*, como parte de la propuesta nueva filología. Parece, a la vista de la obra de Martínez del Castillo en su conjunto, que aquella simiente está produciendo, y aun producirá, abundantes frutos.